

## LA MISERICORDIA DE DIOS

Cuaresma 2021 – (DÍA 14)

### Meditaciones de San Alfonso María de Liguorio

*Material extra (optativo)*

Ofrecemos material extra, optativo, de San Alfonso María de Liguorio, tomado de uno de los dos libros que estamos escuchando en los audios.

#### CONFIANZA EN LA GRACIA

#### MISERICORDIA DE DIOS

†

### CONFIANZA EN LA GRACIA<sup>1</sup>

#### Punto 1

Lleguemos pues, confiadamente, nos exhorta el Apóstol (Heb. 4,16) al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia. El trono de la gracia es la cruz, en donde Jesucristo está sentado como sobre un trono para distribuir las gracias y las misericordias a cualquiera que a él se encomienda.

Mas es preciso recorrer allí lo más presto posible, para encontrar el socorro necesario a nuestra salud; tal vez un poco más tarde ya no llegaremos a tiempo. Apresurémonos, pues, para correr a abrazar la cruz de Jesucristo; acudamos a ella con la mayor confianza. No nos detenga la consideración de nuestras miserias, pues en Jesucristo hallaremos todas las riquezas y todas las gracias (1 Cor 1, 5-7): sus méritos nos han abierto los tesoros de Dios, dándonos derecho a todas las gracias de que necesitamos. Mayores son las ventajas que nos han venido por la muerte de Jesucristo, y mucho más considerables, que los daños hechos a nosotros por el demonio por medio del pecado. Esto se conforma con aquellas palabras del Apóstol: "*donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*" (Rom. 5,20).

¿Cómo pues, no esperaríamos conseguirlo todo en virtud de los méritos del Salvador? El mismo nos asegura que todo cuanto en su nombre pediremos a Dios Su Padre nos será concedido. ¿Y, cómo nos negará algo el Divino Padre, cuando nos dio a su Hijo Único, a quien ama tanto como así mismo? Nos dice el Apóstol que con Él nos lo dio todo, así que, no se exceptúa gracia alguna, ni el perdón, ni la perseverancia, ni el amor divino, ni la perfección, ni el paraíso. Mas es preciso pedirselo. Lleno está Dios de generosidad con los que le ruegan.

Para excitar la confianza que debemos tener en los méritos de Jesucristo, voy a citar algunos pasajes excelentes, sacados de las cartas del venerable P. de Ávila. No

---

<sup>1</sup> ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Práctica de amor a Jesucristo*, Cap. 3.

olvidéis jamás que entre el Padre eterno y nosotros hay un mediador, que es Jesucristo, al cual estamos unidos con tan fuertes lazos de amor que nada puede romperlos, si no los rompemos nosotros con un pecado mortal. La sangre de Jesús clama y pide misericordia para nosotros; y su clamor es tan fuerte que sofoca el grito de nuestros pecados. La muerte de Jesucristo ha borrado todas nuestras faltas. ¡Oh muerte yo seré tu muerte! No se pierde por falta de satisfacción sino por falta de querer aprovecharse, por medio de los sacramentos, de la satisfacción dada por Jesucristo.

Jesucristo se encargó de ponerle remedio a nuestros males como de un negocio que le hubiese sido peculiar; tomó nuestros pecados como si hubiesen sido los suyos; pidió por ellos perdón a Dios; y le rogó con tanto amor como si hubiese rogado por sí mismo. Dios concedió a ruego suyo que Jesús y nosotros estuviéramos de tal manera unidos, que nosotros y Él tuviéramos un solo y mismo destino en punto de amor o de aborrecimiento; y como Jesucristo no es ni puede ser ni es aborrecido, si nosotros permanecemos unidos a él por el amor, seremos asimismo amados: porque siendo Jesucristo amado de Dios, lo somos también nosotros; pues es mucho más capaz de hacernos amar de lo que lo somos nosotros para hacernos aborrecer, y Dios ama a su Hijo mucho más de lo que aborrece a los pecadores.

Jesús dijo a su Padre (Jn, 17,24): *“Padre mío, yo quiero que aquellos que vos me habéis dado estén allá donde yo estoy”*. El amor triunfó del odio. Nosotros hemos recibido el perdón y la seguridad fundada en el amor que Dios nos tiene de no quedar jamás abandonados. ¿Puede una madre olvidar a su hijo? Pues bien, yo os aseguro, dice el Señor por Isaías, que aun cuando le olvidase, yo no os olvidaría, porque os llevo escritos en mis manos. En efecto, el Salvador nos escribió en sus manos con su propia sangre. Así pues, nada nos turbe: todo va dirigido por sus manos, que fueron clavadas en la cruz por nosotros en testimonio de amor.

Nada puede turbarnos hasta tal grado que Jesucristo no pueda tranquilizarnos. Si me llenan de horror mis culpas pasadas, o los temores del porvenir, o los lazos que me arman los demonios, recorreré a la misericordia de mi Dios que me amó hasta la muerte, y pondré en él toda mi confianza. No hay duda que me ama, pues se dio todo enteramente por mi salud. Oh Jesús, puerto seguro para aquellos que os buscan en el apuro. Pastor divino de nuestras almas, es engañarse el no esperar en vos, cuando se tiene un firme deseo de enmendarse. Vos habéis dicho: Yo soy el Señor, no temáis; yo soy quien os aflijo y el que os consuelo. Algunas veces envió a mis servidores desolaciones que parecen un infierno; más luego las retiro de ellos y les doy alivio. Yo soy vuestro intercesor, vuestra causa ha venido a ser la mía. Yo soy vuestro fiador, yo he pagado todas vuestras deudas. Yo soy vuestro dueño que os he comprado con mi propia sangre, no para abandonaros, sino para enriqueceros, después de haberos rescatado de tan alto precio. ¿Cómo me alejaré del que me busca, yo que me puse delante de aquellos que me buscaban para ultrajarme? ¿No aparté el rostro de aquel que me hería, y no lo apartaré de aquel que quiere adorarme? ¿Cómo podréis dudar que os amo, viéndome entre las manos de mis enemigos por vuestro amor? ¿Se me ha visto nunca despreciar al que me amaba, o desamparar al que me pedía socorro, a mí que corro a buscar hasta aquel que no me busca?

Si creéis que el Padre eterno os ha dado su Hijo, creed también que os dará todo lo demás, que es indudablemente menos precioso que su Hijo. No penséis que Jesucristo os haya olvidado, pues que en prueba de su amor nos ha dejado la mayor de todas las prendas, su cuerpo y su sangre, en una palabra, todo Él en el Santísimo Sacramento del altar.

### **Afectos y súplicas**

¡Oh Jesús mi amor! ¡que esperanzas me da vuestra pasión! ¿puedo aun temer no recibir el perdón de mis pecados, el paraíso y todas las gracias necesarias para llegar a Él por parte de un Dios omnipotente, que me dio toda su sangre? ¡ Ah! Jesús mío, mi esperanza y mi amor, por no perderme a mi quisisteis vos perder la vida! Yo os amo, ¡oh mi Redentor y mi Dios! yo os amo sobre todas las cosas. Vos os habéis dado todo enteramente a mí, yo quiero darme también todo entero a Vos. Recibid mi voluntad, mi corazón y mi amor; dejadme repetir que os amo, y quiero amaros para siempre. pueda yo repetir incesantemente estas dos palabras: ¡Yo os amo! ¡y puedan éstas ser las últimas palabras de mi vida, a fin de que continúe en amaros por toda la eternidad! ¡ Yo os amo! ¡y porque os amo tengo el más profundo dolor de haberos ofendido tanto! desdichado de mí! ¡Por no perder una satisfacción de un momento, os he perdido tantas veces, ¡ Oh bien infinito! este pensamiento me atormenta más que otro mal cualquiera; pero lo que me consuela es que siendo vos la bondad infinita, no sabéis despreciar un corazón que os ama. ¡ Oh! ¡que no me sea dado morir por vos, ya que vos habéis muerto por mí, oh divino Redentor mío! Yo espero con confianza mi eterna salud, Señor: dadme la perseverancia en vuestro amor, y que estoy resuelto a pedir sin cesar. Concededme por los méritos de vuestra muerte la gracia de perseverar en la oración. ¡Os pido también a Vos esta gracia, María! y la espero de vuestra intercesión.

†

## **MISERICORDIA DE DIOS<sup>2</sup>**

### **Punto 1**

La bondad es comunicativa por naturaleza; de suyo tiende a compartir sus bienes con los demás. Dios, que por su naturaleza es la bondad infinita, siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso propende más a la misericordia que al castigo. “Castigar –dice Isaías– es obra ajena a las inclinaciones de la divina voluntad”. “Se enojará para hacer su obra (o venganza), obra que es ajena de Él, obra que es extraña a Él” (Is, 28, 21). Y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra (Sal. 59, 3). Muéstrase airado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado (Sal. 5). Y si nos castiga es porque nos ama, para librarnos de la eterna pena (Sal. 6).

---

<sup>2</sup> ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Preparación para la muerte*, Consideración. 16.

¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que Dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogéndolos cuando vuelven a Él?... Y, ante todo, ¡qué gracia valiosísima nos concede Dios al esperar nuestra penitencia!...

Cuando le ofendiste, hermano mío, podía el Señor enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te colmó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. Hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieses (Sb. 11, 24).

¿Y cómo, Señor, Vos, que no podéis ver un solo pecado, ¿veis tantos y calláis? ¿Miráis aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigáis? ¿Por qué tanta paciencia?... Dios espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle (Is. 30, 18).

Dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por natural instinto se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que al Creador hace; pero Dios, por su misericordia, las detiene... Vos, Señor, aguardáis al impío, para que se enmiende; mas ¿no veis que el ingrato se vale de vuestra piedad para ofenderos? (Is. 26, 15). ¿Por qué tal paciencia?... Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve (Ez. 33, 11).

¡Oh paciencia de Dios! Dice San Agustín que, si Dios no fuese Dios, parecería injusto, atendiendo a su demasiada paciencia para con el pecador. Porque espera que se valga el hombre de aquella paciencia para más pecar, diríase que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. “Nosotros pecados –sigue diciendo el mismo Santo–, nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos se glorían de sus delitos), ¿y Tú estás aplacado?... Nosotros te provocamos a ira, y Tú a misericordia”. Parece que a porfía combatimos con Dios; nosotros, procurando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

## Punto 2

Consideremos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a penitencia... Rebelóse Adán contra Dios, y ocultóse después. Mas el Señor, que veía perdido a Adán, iba buscándole, y casi sollozando le llamaba: “Adán, ¿dónde estás?...” (Gn. 3, 9). “Palabras de un padre –dice el P. Pereira– que busca al hijo que ha perdido”.

Lo mismo ha hecho Dios contigo muchas veces, hermano mío. Huías de Dios, y Dios te buscaba, ora con inspiraciones, ora con remordimientos de conciencia, ya por medio de pláticas santas, ya con tribulaciones o con la muerte de tus deudos y amigos.

No parece, sino que, hablando de ti, exclamara Jesucristo: “Casi perdí la voz, hijo mío, a fuerza de llamarte” (Sal. 68, 4). “Considerad, pecadores –dice Santa Teresa–, que os llama aquel Señor que un día os ha de juzgar”.

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te llamaba? Harto merecías que no te llamase más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere, para

que te salves, que estés en paz con Él... ¿Quién es el que te llama? Un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?...

¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. *Convertíos y vivid* (Ez. 18, 32). Con el fin de recuperar la divina gracia, poco haría cualquiera, aunque viviese por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y con todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: “¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte?” (Ez. 18, 31).

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace?... Llégase a la puerta de aquel ingrato, y clama (Ap. 3, 20); pide al alma que le deje entrar (Cant. 5, 2), y ruega hasta cansarse (Serm. 15, 6). Sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2Co. 5, 20) cuando escribía a sus discípulos: “Os rogamos por Cristo que os reconciliéis con Dios”.

Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: “El mismo Cristo –dice– os ruega... ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios. De suerte que Él no es enemigo vuestro, sino vosotros de Él”.

Con lo cual manifiesta el Santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, sino que basta con que se resuelva a aceptar la amistad divina, puesto que él y no Dios es quien se niega a hacer la paz.

¡Ah! Este bondadosísimo Señor acércase sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: “¡Ingratos! No huyáis de Mí... ¿Por qué huis? Decídmelo. Yo deseo vuestro bien, y sólo procuro haceros dichosos... ¿Por qué queréis perderos?” ¿Y Vos, Señor, ¿qué es lo que hacéis? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor para con estos rebeldes? ¿Qué bienes esperáis de ellos? ¿Qué honra buscáis mostrándoos tan apasionado de estos viles gusanos de la tierra que huyen de Vos? “¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas?... O ¿por qué pones sobre él tu Corazón?” (Jb. 7, 17).

### Punto 3

A veces los príncipes de la tierra se desdeñan de mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. Mas no procede así Dios con nosotros. “No os volverá el rostro si contritos acudiereis a Él” (2C. 30, 9). No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos apenas lleguen... (Jer. 3, 1; Zac. 1, 3).

¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! Claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola del *Buen Pastor* (Lc. 15, 5), que, *hallando la ovejuela perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros, y convida a sus amigos para que con Él se regocijen* (Lc. 15, 6). Y San Lucas añade (Lc. 15, 7): “Habrá gozo en el Cielo por un pecador que hiciere penitencia”.

Lo mismo significó el Redentor con la parábola del *Hijo pródigo*, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y antes que le hable, le abraza y le besa, y ni aun con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente (Ez. 18, 21-22).

Llega el Señor hasta asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás aquél le hubiera ofendido. No repara en decir: “Venid y acusadme –dice el Señor (Is. 1, 18; Ez. 18, 21-22)–; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos”; o sea: “Venid, pecadores, y si no os perdono, reprendedme tratadme de infiel...”. Mas no, que Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente (Sal. 50, 19).

Gloríase el Señor en usar de misericordia, perdonando a los pecadores (Is. 30, 18). ¿Y cuándo perdona?... Al instante (Is. 30, 19). Pecador, dice el Profeta, no tendrás que llorar mucho. En cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti (Is. 30, 19).

No procede Dios con nosotros como nosotros con Él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oír. Dios, no. Apenas nos arrepintamos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

### Afectos y súplicas

¡Oh Dios mío! ¿Contra quién me he atrevido a resistir?... Contra Vos, Señor, que sois la bondad misma, y me habéis creado y habéis muerto por mí, y me habéis conservado, a pesar de mis repetidas traiciones...

La sola consideración de la paciencia con que me habéis tratado debiera bastar para que mi corazón viviese siempre ardiendo en vuestro amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que os hice, como las sufristeis Vos? ¡Desdichado de mí si volviese a ofenderos y me condenase! Esa misericordia con que me favorecisteis sería para mí, ¡oh Dios!, un infierno más intolerable que el infierno mismo.

No, Redentor mío; no permitáis que vuelva a separarme de Vos. Antes morir... Veo que vuestra misericordia no puede ya sufrir mi maldad. Pero me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido; os amo con todo mi corazón y propongo entregaros por completo la vida que me resta...

Oídme, Eterno Padre, y por los merecimientos de Jesucristo concededme la santa perseverancia y vuestro santo amor. Oídme, Jesús mío, por la Sangre que derramasteis por mí: *Te ergo quaesumus tuis fórmulis súbveni, quos praetioso sángine redemisti.*

¡Oh María!, Madre mía, vuelve a mí tus ojos misericordiosos: *Illos tuos misericordes óculos ad me converte*; y úneme enteramente a Dios.